

**EL DÍA QUE PERDÍ LA CALMA**

## PRÓLOGO

Me llamo Hilario Villaseca y hace unos años perdí la calma. O simplemente no la tenía y la aparenté, inconscientemente, hasta que un día no pude más. Bah, no importa. En cualquier caso, visto con la perspectiva que da el tiempo - y como se verá tuve mucho tiempo para recapacitar - resulta innegable que me faltó calma. Calma para meditar sobre lo que quería y lo que no quería hacer. Calma para analizar y tomar una decisión, en lugar de dejarme llevar por los acontecimientos y por los deseos de los demás. Mi acción respondió a la búsqueda de una salida, de un cambio que no fui capaz de realizar utilizando la cabeza. De hecho, utilicé todo menos la cabeza.

Sí, definitivamente me faltó calma para cambiar mi vida. El resultado fue una ruptura total no premeditada, provocada por un mecanismo de autodefensa, con un componente irracional. Un día, de pronto, no pude más e hice lo que hice. Admito el castigo que me fue impuesto y acepto, además, la necesidad de que la sociedad se defiende de actitudes como la mía; comportamientos así deben ser perseguidos por la ley... aunque yo sepa que son inevitables.

Toda lo que me rodeaba y conformaba mi existencia, saltó hecho pedazos en un momento, provocando dolor y asombro. Pero por más que lo he analizado, por más que le he dado vueltas recreando los hechos desde otros prismas, no siento arrepentimiento. Detrás de mi acción quedó una muerte. Pero ni así, ni desde esa perspectiva, lo he sentido.. Lamento haberme dejado llevar por los acontecimientos, estallar y dejar que la situación se volviera en mi contra, en

lugar de analizar las cosas y buscar mi beneficio. Siento mi torpeza, nada más. Tal vez carezco de escrúpulos, pero no tengo problemas éticos ni morales por haberme cargado a esa mujer. Se lo merecía.

Tampoco añoro la vida que dejé atrás. Una vida cómoda y sin sobresaltos; una vida segura y plácida que desapareció, se esfumó en el momento en que hice lo que hice. Después, rehacer mi vida anterior habría sido como intentar pegar un jarrón de cristal roto en mil pedazos: inútil porque ya nunca sería igual; absurdo porque fui yo quien lo rompió, sin premeditación en la forma, pero convencido en el fondo de que debía hacerlo.

Por tanto, ni arrepentimiento ni añoranza. Sólo aceptación de que estoy obligado a pagar un castigo por mi acción. Y la seguridad de que, cuando recupere la libertad, mi vida será muy distinta. Tampoco sé exactamente cómo será, lo que haré al salir. Esa sensación de que pronto deberé volver a tomar decisiones, comienza a estar presente en mis sueños, convertidos a veces en pesadilla recurrente. En ella me veo al final de un largo, húmedo y frío túnel. Buscando la salida, al fin entreveo una luz difusa que crece poco a poco. Esa luz única en mi mundo oscuro se ha convertido, aún despierto, en una presencia constante y obsesiva; una boca luminosa de la que ya sólo me separan unos pasos; que por fin está a mi alcance. Pero al llegar a la boca del túnel no parece que haya un paisaje definido: la niebla densa lo cubre todo.

## CAPÍTULO 1

Esa era mi casa. Era el reducto de mi vida entera, de mis treinta años largos. La observación de los trastornos que las mudanzas habían producido en mi entorno, me causaba una lógica prevención; y eso que las mudanzas que había conocido, siempre en piel ajena, contaban con el aliciente de una casa más grande, mejor. En mi caso se trataba de un cambio de casa que sólo admitía para evitar otros cambios que se me antojaban más traumáticos: entre una boda y una ruptura que me amedrentaban por igual, encontré la salida de un

periodo de vida en común, premarital. O boda o adiós, me dijo Carolina. No quería ninguna de las dos cosas; no quería cambios en mi vida, así que recurrí a los argumentos a mano: la dificultad de la convivencia, la necesidad de conocerse bien y, por último, el miedo a un fracaso matrimonial. Ninguno muy original, lo confieso. Pero este último se mostró especialmente útil dada mi condición de hijo de divorciados. Cuando observé lo eficaz que resultaba lo exploté con habilidad, hasta con teatralidad, salpicando mi niñez con tristes recuerdos y ausencias de la figura paterna, que en ningún caso respondían a la realidad de los recuerdos de mis primeros años, transcurridos de forma bastante placentera. Una táctica útil pero amarga, que me hacía sentir mal conmigo mismo, pese a los resultados positivos.

La realidad era que mi infancia había sido básicamente feliz, junto a una madre adorable y un servicio que hacían mi vida (y la de mi madre), bastante cómoda. A mi padre le veía poco, pues vivía fuera de Madrid. Pasaba con él temporadas de verano y me llamaba frecuentemente. Pagaba sin problemas y con holgura mi educación, aunque de esto no me enteraba; en mi casa no se hablaba nunca de dinero. De dinero, esto lo aprendí más tarde, sólo hablan quienes no lo tienen. Mis progenitores, trabajando ambos en negocios familiares, tenían el suficiente para vivir sin estrecheces. En los últimos años, ya siendo yo adulto, mi padre había ido desapareciendo, limitando su presencia a algunas llamadas en fechas clave, más alguna comida en sus escasas visitas a la capital.

Así que ese dibujo del dolor de la infancia en el seno de una familia rota tenía poco que ver con mi experiencia real, pero inclinó la balanza a mi favor. La "Dificultad de la Convivencia" y la "Necesidad de Conocerse Bien" carecían del peso específico suficiente, tras seis años saliendo con Carolina compartiendo vacaciones y fines de semana, visitando a su familia (sólo me negué a la paella fija del domingo, a la que acudí en contadas ocasiones, el padre explicándome cada vez la importancia del agua que se hacía traer de su finca en Paterna,